

CAPÍTULO XIV

HUSSITAS.—SEGISMUNDO Y SUS SUCEORES.—HUNGRIA.

Hussitas.—El fuego que quemó á Juan Huss y á Gerónimo de Praga en Constanza, encendió en Bohemia un formidable incendio. Sus sectarios que, sumisos hasta entonces á su voluntad y á la del rey, se habian contentado con pedir la libertad de conciencia, se precipitaron enfurecidos y vengaron sangre por sangre, con especialidad sobre los alemanes, á quienes imputaban aquel desman. Jacobel de Misa, profesor de Praga, predicó que privar á los seglares del cáliz era un sacrilegio. Como esta proposicion fué condenada por el concilio de Constanza, declararon los hussitas que la condena ofendia los derechos de un pueblo libre; y esta cuestion de competencia vino á ser el estandarte de una faccion feroz.

Ziske.—Nicolás Hussinetz, que habia sido protector de Juan Huss sostenia entonces á los innovadores quienes se congregaban para recibir la comunión bajo las dos especies. De un acto religioso pasaron á desórdenes políticos, y abandonando la ciudad se retiraron al monte inmediato. Juan Trosnowa, sobrenombrado Ziska (*el vizco*), más resuelto que Hussinetz, ordenó que cada cual convirtiera en casa la tienda que habia levantado sobre aquella montaña, de donde resultó una ciudad llamada Tabor, es decir, campo, á la par que los insurgentes fueron designados del mismo modo con el nombre de taboritas, de calixtinos, de uraquistas, de hussitas. A su frente se arrojó Ziska sobre Praga y la ocupó, y segun la costumbre (*defenestration*) tiró por la ventana al burgomaestre y á trece senadores.

Murió Wenceslao VI probablemente de susto: Segismundo, su hermano, hubiera debido sucederle; pero ¿podian tolerar los hussitas como jefe al que habia hecho traicion á su maestro? De consiguiente, entraron á saco las iglesias, los conventos, las tierras de los católicos; éstos usaron de re-

presalias de tal modo, segun se dice, que en un sólo dia fueron arrojados mil seiscientos hussitas en los pozos de las minas de Luttemberg.

Cuando Segismundo llega á Bohemia ejerce un rigor escesivo, que sólo consigue irritar, no corregir: manda dar muerte en Breslau á veinte y tres caudillos de rebeldes, al mismo tiempo que publica el papa una cruzada contra los herejes. Resueltos los hussitas á defender sus personas y sus creencias, reuniéndose bajo las órdenes de cuatro jefes, hacen de Tabor su plaza de armas. Segismundo, á quien persisten en rechazar como rey, llega á poner asedio á Praga con ochenta mil hombres; pero sufre una gran derrota y se ve obligado á entrar en negociaciones. Propusieronle los vencedores cuatro artículos, á saber: que los sacerdotes podrian predicar libremente la palabra de Dios; que la comunión se administraria bajo las dos especies; que se despojaría al clero de sus posesiones; por último, que se impondria pena capital por los pecados mortales públicos, entre otros el concubinato de los sacerdotes, la simonia de los sacramentos, de los beneficios y de las indulgencias. Esto pareció demasiado poco á los fanáticos, quienes propusieron otros doce artículos llenos de intolerancia, en que se pedía la reparticion de los conventos, como tambien de las iglesias superfluas. Entretanto Ziska habia empezado á derribarlos y á asesinar á los católicos: hizo destituir á Segismundo, y le batió nuevamente cuando volvió á aparecer á la cabeza de sesenta mil hombres, tanto húngaros como austríacos y moravios (1422). Posteriormente, entre los hussitas moderados y los fanáticos estalló una guerra intestina. Habiendo quedado Ziska ciego, de vizco que era, adquirió tal autoridad, que Segismundo le ofreció nombrarle su vicario general; pero atacado de la peste (1424), se acrecentó aun más la furia de los di-

ferentes matices de los insurgentes que componian otros tantos partidos. Concertáronse después para combatir al comun enemigo, y recorrieron indistintamente la Silesia, la Moravia, el Austria, á que llamaban pais de los filisteos, de los idumeos, de los moabitas. Martin V predicó de nuevo la cruzada contra ellos, y Federico el Belicoso, elector de Sajonia, llegó á atacarlos al frente de un poderoso ejército: tambien fué vencido; y de sus soldados, doce mil fueron asesinados por los terribles sectarios (1426). Poseida de espanto toda la Alemania, sale entonces de su inercia y hace un esfuerzo comun. Pero á la aproximacion de los taboritas, un terror pánico hace que se desbande el nuevo ejército (1427), y caen sobre la Sajonia, sobre la Franconia y sobre la Baviera, donde ejercen los más terribles destrozos que se han visto nunca. «Cuando toda la tierra sea devastada y las ciudades queden reducidas á cinco, decian, entonces comenzará el nuevo reinado del Maestro, porque ahora es la hora de la venganza, y el Señor es el Dios de la cólera.»

El cardenal Cesarini, legado pontificio, consiguió poner otra vez de acuerdo á toda la Alemania para la represion de los sectarios, y se adelantaron contra ellos ochenta mil hombres á las órdenes de Federico, elector de Brandeburgo. Procopio Holy, que habia sucedido á Ziska, se puso por su parte en marcha hácia el enemigo (1431), y apenas se vieron acometidos los alemanes, emprendieron la fuga en el mayor desorden, dejando once mil muertos en el campo de batalla, y ocho mil carros cargados de armas.

Pensóse á la sazón en entrar en acomodos, y el concilio de Basilea dirigió á los hussitas benévolas invitaciones, que les determinaron á enviar allí trescientos diputados, entre los cuales se contaban Juan Rokyczana, su predicador más elocuente, y Procopio el Esquilado. Estos diputados, cuya sola vista asustó á los Padres, presentaron los cuatro artículos al concilio (1433); pero como la discusion se prolongaba, se marcharon los bohemios. Convencidos después los Padres de que los hussitas no profesaban las treinta y cuatro proposiciones condenadas en los escritos de Wicléf, enviaron teólogos á Praga que modificaron los cuatro artículos, y permitieron el uso del cáliz. Diéronse los utraquistas por satisfechos de este convenio; pero los desaprobaron los taboritas y los huerfanitos, cada cual volvió á empuñar las armas, y los fanáticos fueron destruidos por el hierro y por el fuego.

Una vez vencidos los bohemios por las manos de los bohemios (1434), segun lo habia esperado Segismundo, entró como rey en Praga, confirmando los *pacta* y asegurando la libertad de cultos, los privilegios del reino y la exclusion de los extranjeros.

Después de veinte años de reinado (1431), quizá con el único objeto de reposar de las fatigas que le habia costado dirigir, como él decia, la máquina pesada y mohosa del imperio, Segismundo

hizo el viaje á Italia. Fué coronado en Milan y en Roma (1433); pero siempre desprovisto de dinero, observado con desconfianza, obligado á cada paso á tratar ó á defenderse, tuvo que prolongar allí su residencia más de lo que hubiera querido, en un momento en que era de gran importancia para él apaciguar á la Bohemia y reprimir á los turcos, por lo cual volvió á Alemania.

Hungria.—Cárlos I Roberto.—Salió más airoso en la empresa de asegurar á su familia el trono de Hungria. Habíase estinguido la dinastia de Arpad con Andrés III (1301). El arzobispo de Estrigonia proclamó rey, y el papa sostuvo, á Cárlos Roberto, hijo de Cárlos Martel, en el cual empieza la línea de Anjú (1308). Pero este príncipe extranjero era tan poco grato al pais, que para protegerle contra las asechanzas á que se veía espuesto, fué necesario concederle el privilegio de clerecia. Ante todo hubo que emplear prodigiosos esfuerzos para obligar al vaivoda de Transilvania á la restitucion de la corona angélica: luego estallaron las revueltas, y Cárlos se vió obligado á resignarse á una guerra perpétua con sus súbditos, con los venecianos en la Croacia y en la Dalmacia, con los serbios y los turcos, con el Austria y la Valaquia, y finalmente, hasta con los rusos. Atrajo á la corona el derecho sobre las minas, reservándose las dos terceras partes de su producto, tanto en oro como en plata; se abrogó el derecho de destituir á los funcionarios nobles; impuso cargas y servicios al clero; estableció annatas en favor del papa, embolsándose en su provecho la tercera parte. Estableció tambien la Inquisicion, aunque sin poder conseguir que echara raíces: alteró las monedas, abolió los duelos judiciales, y casándose con Juana, heredera de Nápoles, adquirió para su segundo hijo Andrés la expectativa de este trono, que debia costarle tan caro.

Luis, su primogénito y sucesor, mereció el nombre de Grande por cuarenta años de expediciones belicosas, y la más memorable de ellas fué la conquista de Nápoles (1342), que narraremos en otra parte. Quitó á Venecia Espalatro, Zara, Trau, Ragusa; hasta fué encumbrado al trono de Polonia; y reuniendo en su mano la Bosnia, la Servia, la Bulgaria, la Moldavia y la Valaquia, estendió sus posesiones desde el Adriático hasta el Ponto Euxino y hásta la embocadura del Vístula. Trasladó de Visegrad á Buda la cámara del reino, expulsó á los judíos y á los usureros, abolió los juicios de Dios; y después de haber hecho conocer á los suyos una civilizacion más avanzada en su expedicion á Italia, aspiró á trasplantarla entre ellos. Fundó la primera universidad en Fünfkirchen (Cinco Iglesias), plantó los viñedos de Tokay, determinó las obligaciones de los campesinos, y concedió á los grandes propietarios las prerogativas de la nobleza.

Después de él fué coronada Maria, su hija; pero los descontentos favorecieron á Cárlos III de Durazzo, rey de Nápoles, y cuando este príncipe creía haber vencido todos los obstáculos, la reina viuda

Isabel le hizo asesinar (1382): indignados los súbditos, se apoderaron inmediatamente de la madre y de la hija. Murió la primera, fué libertada la segunda por Segismundo, su esposo, quien quedó rey del país á su muerte (1392). Sin embargo, ocupado como le hemos visto tanto en Bohemia como en el imperio, no podía tener á los húngaros á raya: así, sus súbditos, fingiendo creer que había perecido en la famosa batalla de Nicópolis (1396), proclamaron á Ladislao, hijo de Carlos de Durazzo y rey de Nápoles. Luego, cuando volvió á aparecer Segismundo, se apoderaron de él, y le tuvieron por largo tiempo prisionero.

Más tarde pudo pensar en repeler á Ladislao; y habiendo vendido este príncipe á Venecia sus derechos sobre la Dalmacia, Segismundo declaró la guerra á la república y devastó el Friul hasta Treviso: después obtuvo á Belgrado del déspota de Servia, quien desesperaba de poder defender esta plaza contra los turcos.

Entonces Segismundo indujo á los Estados á reconocer la sucesion en la línea austríaca, de donde resultó la coronacion de su hija Isabel y de su yerno Alberto de Austria. Segismundo era de gallarda apostura, elocuente y amigo de las letras. Habiendo hecho caballero á Jorge Fiscelin, el mejor abogado de su tiempo, y viendo que desdeñaban los antiguos caballeros á este advenedizo: *Sabed, les dijo, que puedo hacer á mil caballeros en un solo día, y no un sabio en mil años.* Mas liberal de lo que soportaba la medianía de sus rentas, se hallaba siempre escaso de dinero y remitía los negocios de un día á otro: de aquí resultó que las dietas germánicas, negligentes de suyo, no hicieron nada ó casi nada, por más urgentes que fueran las circunstancias.

Así bajo su reinado y el de su familia fué declinando el Imperio hasta el punto de verse sobrepajado por los Estados hereditarios. También fué alterada la existencia interior de Segismundo por Bárbara de Cilly, su esposa, á quien nos pintan como una Mesalina, cuyos desordenados ardores no se apaciguaron con los años. No podía concebir á ciertas religiosas de Bohemia, que prefirieron que se las quitara la vida á ceder á la deshonra. Respondió á una dama que le había citado el ejemplo de la tórtola, que permanece fiel al compañero que ha perdido. «¿Porqué en vez de hablarme de esa ave solitaria, no me habláis de los pichones y de los pajarillos, animales domésticos que nunca interrumpen sus voluptuosidades?»

Alberto de Austria.—Se la acusó de estar en inteligencias con los hussitas para privar de la sucesion al trono á su yerno Alberto de Austria, á quien aborrecían por su intolerancia, pues segun se dice, la llevó hasta el punto de entregar á las llamas á mil trescientos judíos, que se habían negado á recibir el bautismo. De consiguiente, el príncipe esperó oposicion para obtener la corona de Bohemia á la muerte de Segismundo, aunque ya se había hecho proclamar rey de Hun-

gria y hasta de Alemania. Aspiró á restablecer la calma y á instituir un gobierno regular y fuerte; pero los príncipes tenían demasiado interés en perpetuar el desorden: así sólo consiguió tranquilizar el Austria, su patrimonio, donde demolió muchos castillos y donde acabó en breve sus días (1439).

Federico III, emperador.—Ladislao V, llamado el Póstumo, porque nació después de la muerte de su padre, le sucedió en el trono de Austria, así como en el de Bohemia y en el de Hungría, á la par que Federico, de la línea austríaca de Estiria (1), era promovido al imperio (1440). Este príncipe reinó mucho más tiempo que sus antecesores, aunque de una manera abyecta. Perezoso y pusilánime, aunque ya había llegado á la edad de veinte y cinco años, disimulaba bajo las apariencias de un profundo amor al estudio, su descuido respecto de los negocios públicos, y parte por pobreza, parte por su índole particular, manifestaba una avaricia vergonzosa. Ocupóse con bastante frialdad en restablecer la paz entre los príncipes y los papas, y en reprimir las bandas de malhechores: bajó á Italia con una comitiva brillante (1452), si bien inofensiva, ó por mejor decir, inerte, y al mismo tiempo que se hizo coronar, se casó en Roma. La Europa estaba espantada entonces á consecuencia de la caída de Constantinopla, y Pio II, que había sido secretario de Federico bajo el nombre de Eneas Silvio Piccolomini, le escribió proclamándole jefe de la cruzada, como el príncipe más digno de esta honra por su carácter y categoría. Pero se limitó á reunir algunas dietas sin sacar ningún resultado, y ni aun sacudió su letargo cuando los turcos llegaron á hacer escursiones hasta en la Carniola.

Wladislao I de Hungría.—Comenzaba á hacerse importante la Hungría como baluarte contra los otomanos. Wladislao I, ya rey de Polonia, que se había ceñido la corona húngara, la defendió con las armas hasta el momento en que se vió obligado á renunciar á ella, reservándose, no obstante, la regencia y la sucesion eventual al trono. Habiendo invadido Meschid-bey la Transilvania, Wladislao formó parte de la expedicion que Juan Huniade dirigió contra los otomanos (1442). Después de su derrota en Jalovaz, cedieron la Valaquia á los húngaros, guardándose la Bulgaria. Wladislao no tardó en violar la paz; pero la derrota de Varna, y su cabeza, que fué paseada de ciudad en ciudad, atestiguaron que el débil nunca falta impunemente á la fé prometida (1444).

Entonces el gran Juan Huniade, que se titulaba á sí propio el soldado de Cristo, al paso que los valaquijs le llamaban el caballero blanco, y los

(1) J. CHMEL.—*Gesch Kaiser Friderichs III, und seines Sohnes Maximilians I.* Hamburgo 1840.
Regesta chronologico-diplomática Friderici III. Viena, 1840.

turcos, el diablo, habiendo sido electo regente de Hungría, continuó haciendo la guerra á los otomanos vencidos y vencedores, segun ya lo hemos narrado (2). Se decidió á reconocer á Ladislao el Póstumo; pero como este joven príncipe se hallaba casi prisionero de Federico III, su tutor, Huniade taló el Austria y sublevó á los nobles, quienes retaron á Federico. Golzer, ciudadano de Viena, hizo que se levantara la ciudad, y asedió al emperador, que se vió obligado á poner en libertad á su pupilo. Ladislao Póstumo, rey de Hungría y de Bohemia, duque de Austria y de Estiria, murió cuando apenas había cumplido diez y siete años, y á despecho de los austriacos, Matias Corvino, hijo del gran Huniade, obtuvo la corona de Hungría, y Jorge Podiebrado, la de Bohemia (1457). El último se había mostrado en calidad de virey favorable á los utraquistas: en su consecuencia fué escomulgado y depuesto por el papa: Matias Corvino aspiraba también á la corona de Bohemia, pero fué dada á Ladislao II, hijo del rey de Polonia (1458).

Federico III, que se encontraba ya heredero de las tres ramas de Austria, de Estiria y del Tirol, se retiró á Viena, dejando agitarse al imperio en medio de incesantes guerras; y mientras la Alemania caía en ruinas, elevaba á su familia al colmo de la grandeza.

Descendiente la casa de Borgoña, segun hemos ya manifestado, de Felipe el Atrevido, hijo de Juan I, rey de Francia, había reunido á su condado la mayor parte de los Países Bajos, á los cuales Carlos el Temerario agregó el Brisgau y las posesiones austriacas en la Alsacia, desde donde lanzaba una mirada codiciosa sobre la Lorena y la Suiza. Poseedor de estos Estados, ambicionaba Carlos convertirlos en reino; y para este fin se dirigió al emperador, prometiéndole dar la mano de Maria, su hija única, á su hijo Maximiliano (1473). Cuando se avistaron en Tréveris, Carlos llevó consigo ochenta mil caballos, seis mil infantes y una numerosa comitiva de señores, desplegando tanta magnificencia, que solo su manto valía más de doscientos mil zequies; singular contraste con la mezquina pompa del emperador. Pero como desconfiaban el uno del otro, no concluyeron nada, y hasta llegaron á hacerse la guerra: después se reconciliaron, habiendo abandonado Federico á los lorenenses y á los suizos, sus aliados. Estos dos pueblos se ligaron entre sí, y cuando Carlos entró en Suiza, fué vencido y poco después muerto en Nancy.

Acabando con él la casa de Borgoña, la de Francia pretendió volver á poseer la porcion de territorio cuya soberania feudal le correspondía, á saber: el Franco-Condado, el Artois, el Maconés, el Auxerrés, Salin y Bar sobre el Sena. Tenian los ganteses en sus manos á Maria, á quien su incli-

nacion indujo á casarse con Maximiliano. El rey de Francia hizo marchar ejércitos y poner en juego todos los resortes de la intriga. En esto murió Maria de una caída de caballo, dejando dos hijos, Felipe y Margarita. El primero, segun las estipulaciones acordadas, le sucedió, y los ganteses le designaron cuatro tutores, con exclusion de su padre: los Estados de Flandes ofrecieron la mano de la joven princesa al delfin, dándole en dote los países sobre que versaba la disputa. En breve Maximiliano vino á las manos con su yerno, ascendido á rey de Francia: rebeláronse los flamencos; los de Brujas encarcelaron al mismo Maximiliano, y no le dejaron en libertad hasta que les prometió renunciar á la regencia y retirar todas las tropas extranjeras de los Países Bajos. Pero el emperador Federico hizo anular la promesa y emprender de nuevo las hostilidades: al fin, suya fué la ventaja, y los regidores de Gante, de Brujas, de Ipres se vieron en la necesidad de pedir perdon de rodillas á Maximiliano, quien tornó á encargarse de la administracion de los Países Bajos.

Desde aquí comienza la grandeza de Austria, que pudo elevarse á la misma altura que la Francia y la España. Federico invistió á todos los de su casa con el título de archiduques, tomó por divisa, é hizo colocar en todas partes las letras A, E, I, O, U, es decir, *Austria Est Imperare Orbi Universo* (*Alles Erdreich Ist Osterreich Unterthan*). En seguida dejó el gobierno á Maximiliano, y retirado á Lintz, cultivó allí los jardines, la astrología, la alquimia, hasta el momento en que murió de una indigestion de melon (1493) (3).

Matias Corvino.—Maximiliano había sido reconocido rey de romanos cuando Matias Corvino, para vengarse de Federico por haber dado la investidura de la Bohemia á Ladislao, entró en Austria y hasta se apoderó de Viena (1485). Matias, que conservaba el carácter de su padre, jamás cesó de hacer la guerra á los turcos, quienes desde la Bohemia llevaban sus escursiones hasta la Dalmacia, la Croacia, la Esclavonia, la Transilvania. Admirador de los antiguos, pensó en variar la organizacion militar, formando una buena infantería, arma desconocida de los húngaros; y opuso á los genizaros de Mahomet la *guardia negra*, inspirada por los sentimientos de honor completamente nuevos. Vivía familiarmente con sus soldados, á quienes conocía por su nombre. Cierto día penetró en el campamento turco, y estuvo vendiendo de sol á sol comestibles delante de la tienda del bajá, á quien supo despues dar cuenta hasta de los majares que se habían servido á su mesa. También se deslizó en Viena sin ser conocido cuando la tenía bloqueada, y permaneció allí todo el tiempo

(3) El águila de dos cabezas no se ve antes del año de 1459; pero se halla en una moneda de cobre de los turcomanos ortocidas hácia 1220. MARSDEN'S *Numismata Orientalia*.

(2) Véase pág. 255.

que quiso: luego salió rodando una rueda. Después del asedio de Viena la Nueva, de que se apoderó, regaló en señal de estimación su retrato á los habitantes. Leía todas las cartas que recibía, y escribía ó dictaba todas las respuestas en términos breves y resueltos. Así intimaba al papa: *Vuestra Santidad esté seguro de que la nación húngara cambiará la doble cruz de su escudo de armas en cruz triple, antes que dejar conferir por la sede apostólica los beneficios de real prerogativa.* Y á los habitantes de Buda: *Mattas, por la gracia de Dios, rey de Hungría. Buenos días, ciudadanos. Si no llegais á presentaros al rey todos, perderéis la cabeza. Dado en Buda. El Rey.*

Reformó la justicia promulgando el *Decretum majus*, que es una transacción entre los nobles y el pueblo. Manifestábase los primeros celosos, como en todas partes, por conservar sus privilegios, sus justicias privadas, y por imponer respeto á un príncipe de su elección, á la par que el pueblo quería un poder central. Por eso al mismo tiempo que abolía las justicias palatinas, agregó al presidente de los tribunales reales ocho ó diez asesores escogidos entre los magnates; y entre los húngaros ha quedado este proverbio: *Desde Corvino ya no hay justicia.* Beatriz de Nápoles, su esposa, le hizo introducir en la corte más lujo y esmero, y rodeándose de literatos, hubiera querido hacer de la Hungría otra Italia (4). Estimaba mu-

(4) Bonfinio dice: *Rerum Hungaricarum*, Dec. IV: Pan-

cho principalmente á Antonio Bonfinio de Ascoli, quien escribió una historia de este país, que puede rivalizar con la de Tito Livio, es decir, que es elegante y mentiroso, y que, para evitar las palabras nuevas, desnaturaliza las ideas (5). También la astrología, la arquitectura, la táctica, fueron protegidas por Corvino, quien fundó la universidad de Buda, donde se reunieron cuarenta mil estudiantes, con maestros y criados, en un inmenso recinto, encerrando graneros, un hospital y todas las dependencias necesarias. Igualmente creó una biblioteca con una dotación de treinta mil ducados anuales. Hacía comprar todos los libros impresos y copias de manuscritos, lo cual le permitió dejarla rica con cincuenta y cinco mil volúmenes, número que no poseía ninguna otra en el mundo.

Sólo la muerte de Corvino permitió á Maximiliano recuperar su archiducado (1490). Marchando entonces contra la Hungría, hasta obtuvo el derecho eventual de suceder á esta corona, que sus sucesores reunieron más tarde á sus posesiones hereditarias.

noniam Italiam alteram reddere conabatur... Varias quibus olim carebat artes eximiosque artifices ex Italia magno sumptu evocavit... Olitores, cultores hortorum, agriculturae magistros, qui caseos etiam latino, siculo, graeco more conficerent.

(5) J. A. FESSLER.—*Matthias Corvinus*. Breslau, 1806. —S. HORVATH, *Vertheidigung Ludwigs I und Matthias Corvin's*. Pest, 1815.—Gly. Spányk. *Hist. prag. reg. Hungariae*. Pest, 1844.

CAPÍTULO XV

SUIZA.

Los países de que era oriunda la casa de Austria, sacudieron el yugo y se constituyeron en una libertad duradera.

Las montañas de que bajan los ríos al suelo italiano, y al de la Alemania occidental, habían sido visitadas por los ejércitos de Roma. Las riberas del Lemano vieron á las águilas latinas huir delante de los cimbras. César llegó á impedir á los helvecios que penetrasen en la Galia, hacia la cual se iban ya adelantando, después de haber prendido fuego á sus aldeas: los venció, obligándoles á tornar á los hogares desamparados. Los retios y los vindelicios, que habitaban los actuales cantones de Uri, de Saint-Gall, de Apenzell y de los Grisones, se mostraron formidables enemigos para la imperial Roma: habiéndose calmado luego su ardor belicoso, parte de la Suiza permaneció unida á Italia, otra parte á la Galia y á la Alemania. A pesar de los numerosos castillos que la defendían contra las invasiones de los bárbaros, ocuparon diferentes distritos de ella. Establecieron los borgoñones al occidente de Berna, en el territorio de Friburgo, del Valais, en Saboya y en el Delfinado, á la par que los alemanes se fijaban en Argovia á las orillas del Reuss, del lago de Constanza y del Rin hasta Colonia. Estos apacentaban sus rebaños, aquellos cultivaban sus campos; unos destruían ciudades, otros se civilizaban poco á poco. Habiendo recibido menos extranjeros la Retia, que pertenecía al gobierno de Italia, conservó en gran parte el idioma latino, al paso que en el Occidente se introdujo una variedad del francés, y la lengua alemana hacia el Oriente, en los valles de Aar y lago de Constanza. En la división que hizo Carlomagno, parte del país pertenecía al ducado de Alemania y parte á la Borgoña de más allá del Jura.

Al hablar de la Francia hemos narrado las vicisitudes de Borgoña.

Si hay un país en que la civilización aparezca obra de la religión, es sin duda en medio de esas montañas en que cada convento se hacía, no sólo un centro de santidad y de instrucción, sino también de comercio y de vida industrial, y de donde resultaba una ciudad muy en breve. Gall y Sigeberto iban hasta desde Irlanda y Escocia á fundar en las orillas del Rin abadías, que venían á ser después San Gall y Dissentis, refugios del oprimido y al mismo tiempo del saber, y donde se debía escribir por primera vez la lengua alemana, y oírse los primeros poemas caballerescos. La ermita situada cerca del lago de Zurich, donde predicaba el piadoso Meinrad, fué después el magnífico monasterio de Einsiedeln; Ruprecht edificaba otro en el sitio donde el Limmat se convierte de arroyo en río; Wickhard otro donde el Reuss sale del lago de los Cuatro Cantones; estos dos conventos son hoy las ciudades de Zurich y Lucerna. La celda de un abad (*Abt-zell*), dió origen á Apencell, y la de San Hilario á Glaris. En la Helvecia romana florecían las abadías de San Mauricio, de Payerne, de Romans-Moutiers, de San Ursino y de Lausanna.

Los pastores y cazadores de los alrededores, erigían sus cabañas cerca de la casa de los siervos de Dios, y como en todas partes, los monjes enseñaron á vivir moralmente, á desmontar los bosques, á regularizar los torrentes, á sanear los pantanos; crearon así la riqueza de un país que en el día les niega un asilo. Cuando los húngaros asolaron la Europa, las montañas no parecieron un baluarte suficiente contra su furia; y fué preciso rodear las aldeas de murallas y fosos para que los habitantes del campo pudiesen refugiarse á la primera voz de alerta. Entonces los castillejos donde no existía más que un fanal para dirigir á los caminantes, ó una ensenada para abrigarse las barcas, se cambiaron en ciudades (Lucerna, Schaffhouse)